

Marta Romer\*

ANTROPOLOGÍA

## Mujeres indígenas migrantes y sus experiencias urbanas

**L**a temática de la migración de mujeres indígenas —durante mucho tiempo dejada de lado en los estudios sobre migración, que centraban su atención en la migración de los hombres— ha ido ganando terreno y en los últimos años cuenta con numerosos trabajos de investigación. De hecho, la migración masculina, a menos que se trate de hombres solteros, generalmente involucra profundamente a las mujeres, independientemente de que éstas acompañen al esposo o se queden en la comunidad esperando su regreso.

La importancia de la migración de mujeres indígenas resalta en los datos censales. El número de ellas, hablantes de lenguas indígenas, es superior al de los hombres en el Distrito Federal, principal zona de atracción de migrantes en el país: según el censo de 1990, en el Distrito Federal se registró la presencia de 111 552 hablantes de lenguas indígenas, de los cuales 49 064 eran hombres y 62 488 mujeres, diferencia que se mantuvo en el año 2000, ya que de 141 710 hablantes de lenguas indígenas 63 592 eran hombres y 78 118 mujeres.

Si la migración a la ciudad implica un cambio muy importante en la vida de los migrantes indígenas, en el caso de las mujeres dicho cambio es particularmente profundo, debido a la condición de subordinación que caracteriza su relación con el varón, a su menor preparación escolar (hace más de 20 años la mayoría de mujeres migrantes eran analfabetas y monolingües) y a los retos que enfrentan en la ciudad, dependiendo si migran como solteras o como esposas y madres.

Este trabajo recoge algunos resultados de un estudio más amplio sobre el tema, y pretende aportar elementos para la discusión acerca de las experiencias de las mujeres indígenas migrantes a la ciudad en los distintos aspectos de su vida: en la manera de integrarse a la sociedad urbana y los cambios personales que ello implica, en su lucha por la vivienda, en el papel que desempeñan en la economía familiar y en la educación de los hijos.

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.



Tang 32

Se recogieron relatos de vida de cuatro mujeres (tres mixtecas y una mixe), con un tiempo de residencia en la Ciudad de México mayor de 25 años. Tres llegaron a la ciudad muy jóvenes y después se casaron (o juntaron), mientras que una llegó ya casada. Las entrevistadas no contaban con escolaridad alguna al dejar su comunidad: tres de ellas nunca fueron a la escuela, mientras una cursó un año de primaria pero no aprendió nada, de manera que en todos los casos se trata de mujeres que llegaron a la ciudad en calidad de analfabetas y monolingües.

Francisca, de 50 años, llegó casada a la edad de 18 años y tiene 6 hijos. Domitila, de 51 años, llegó a los 13 años, tiene 3 hijos, vivió “juntada” por temporadas con el padre de ellos, y terminó la primaria en la ciudad. María, de 57 años, salió de la comunidad a los 12 años, terminó la primaria en la ciudad, volvió a la comunidad, pero varios años después regresó ya casada a la ciudad, tiene 5 hijos. Guillermina, de 62 años, llegó a la edad de 16 años, se casó en la ciudad con un hombre de su comunidad y tuvo 8 hijos; estudió hasta el cuarto grado de primaria.

### ¿Por qué migran las mujeres?

Tradicionalmente, los factores que impulsan a las mujeres indígenas a salir de sus comunidades tienen que ver con la necesidad familiar de conseguir recursos para su manutención. Así, por decisión familiar, las jóvenes son enviadas a la ciudad con familiares o amigos para trabajar en el servicio doméstico. Las mujeres casadas, a su vez, acompañan al esposo que toma la decisión de emigrar; por ello son consideradas sujetos pasivos en un proceso que, sin embargo, las involucra profundamente. Desde la perspectiva de género, como lo interpreta Oehmichen, no se trata de una actitud pasiva, sino más bien de una posición como “actores sociales con diversas motivaciones para emigrar desde los atributos otorgados a las mujeres a partir de las categorías de género por su grupo de pertenencia” (Oehmichen, 2000: 334).

También la principal causa de migración femenina es la ruptura o ausencia del vínculo con el varón, o cuando éste no cumple con su responsabilidad como proveedor de recursos para la familia, obligando a la mujer a buscar éstos fuera de la comunidad para mantenerse y mantener a sus hijos, caso frecuente entre las mazahuas, por tomar un ejemplo (*ibidem*: 229).

Si bien los factores mencionados se presentan con mayor frecuencia, existen otros muy personales que conviene recalcar, porque añaden matices importantes a la decisión que toma la joven para emigrar. Uno de ellos es la huida para evitar el “robo”, razón mencionada en algunos estudios (Martínez Medrano, 2000), como una forma de expresar su inconformidad con las prácticas impuestas a su género.

Por nuestra parte, tenemos testimonios de mujeres que, siendo huérfanas de madre, prácticamente huyeron a la ciudad a edad muy temprana, incluso siendo niñas, debido a la miseria y al maltrato recibidos por parte de las personas con las que vivían. Un motivo que reforzó dichas causas fue el gran deseo de aprender, algo que les fue negado en su comunidad. En dos de los casos estudiados se trata de jóvenes que huyeron de su comunidad no sólo para evitar ser robadas por el hombre, sino para escapar de una situación insostenible para ellas.

En efecto, una mirada hacia la infancia de las informantes nos muestra un cuadro dramático de la miseria, aunada casi siempre a la violencia que los adultos (mujeres) ejercían en contra de las niñas, además de obligarlas a realizar trabajos muy pesados para su edad. Es el caso de tres huérfanas de madre. Igualmente, en tres casos, los padres brillaron por su ausencia: cuando no habían abandonado a la familia antes, tampoco se hicieron cargo de los hijos a la muerte de la madre, ya que pronto se juntaron con otra mujer, y los hijos les representaban un estorbo.

Las palabras “sufrimiento” y “pobreza” se repiten en todos los re-



latos e ilustran el ambiente en que crecieron las niñas:\*

“Pues yo, qué le puedo decir... yo sufrí mucho... sufrimos mucho, sí yo y mi hermana, nos quedamos huérfanas, porque mi mamá falleció, no la conocí; yo crecí con mi abuelita y después volví con mi papá pues y mi madrastra. Mi papá se volvió a juntar con una mujer, yo no sabía que no era mi mamá y por qué me pegaba tanto; ...me mandaba por el agua, desde los ocho años; yo me hacía mis tortillas, me traía la leña, me tenía que hacer mi comida, no tenía de otra, como no estaba mi papá, y molía yo mis tortillitas y (la madrastra) me daba un plato de maíz para moler, para hacer mis tortillas, era yo chiquita... y cuando no había maíz, había trigo, con el trigo vivía yo también, nada más con un poquito de trigo vivía”. (Domitila)

A los 13 años Domitila se escapó sin decir nada a su abuela; se puso de acuerdo con un primo para llegar a México con unos familiares. Además de su inconformidad con el trato que recibía de la madrastra, fue el miedo a que la robaran lo que motivó su huida. Si bien más tarde regresó por un tiempo al pueblo para cuidar a su abuela, volvió a la ciudad para quedarse.

El caso de María es aun más dramático:

“...a mi mamá la mataron por problemas de tierras. Quedé sola con mi hermana, pero ella se fue a otro pueblo también, por ahí creció, ahí se casó y murió y quedé solita. Mi papá, nunca supe de él, nomás me registró a su nombre; vivía con unos familiares. Unas personas que no tenían hijas pidieron que me les dieran por una media docena de sombreros y unas tortillas y me llevaron a un pueblo vecino... Trabajaba yo mucho, iba yo al monte, cargaba al niño; la mujer me pegaba mucho, no me daba de comer, tenía yo como 8-10 años; la gente se compadecía mucho de mí. No sabía qué hacer, a dónde ir, no sabía hablar español. Una vez me escapé pero me encontraron, amarraron y pegaron...”.

\* En las citas tratamos de conservar la forma de hablar de cada una de las informantes con las respectivas faltas gramaticales, que ilustra su manejo del español.



Una segunda vez lo logró: se escapó en la madrugada y llegó a Tlaxiaco, donde encontró trabajo en el mercado; posteriormente vivió en Huajuapán y en la Ciudad de México. Regresó al pueblo varios años después y fue robada y casada contra su voluntad, pero ante la difícil situación de la familia, carente de recursos, convenció a su esposo para que fueran a la ciudad.

A Guillermina nadie la obligó a venir a la ciudad, lo hizo por decisión propia:

“Yo creo que tenía como 15 o 16 años cuando me vine a México. Me decía un señor que aquí voy a aprender el español, el quehacer... Pero a mí me daba mucho miedo, porque decía cómo voy a hacer el quehacer si no sé ni contestar, pero después, es tanto que me animó el señor que ya me vine con una hermana de su señora”.

Estas tres experiencias aportan matices en lo que se refiere a la decisión de migrar por parte de las mujeres indígenas. En ella juegan un papel activo, migran por decisión propia, impulsadas por razones personales e incluso a escondidas de los familiares más cercanos, para mejorar sus condiciones de existencia.



Encuentro con lo urbano

El proceso de emancipación y de adquisición de elementos de cultura urbana por las migrantes tiene muchas facetas y se da en función de su historia migratoria y de la situación familiar. Este aprendizaje en general fue más rápido y amplio entre las mujeres solteras que tuvieron que trabajar y enfrentar solas las dificultades de la vida en la ciudad, que en el caso de la casada, dedicada principalmente a las tareas del hogar. El aprendizaje del idioma español igualmente fue más rápido entre las que tuvieron la experiencia del trabajo doméstico. Además, las tres solteras (Domitila, María y Guillermina) cursaron algunos grados de primaria o incluso la primaria completa en la ciudad, mientras que Francisca, quien llegó casada, sólo aprendió a comunicarse en español quedando analfabeta.

El encuentro con la ciudad causó una fuerte impresión a las jóvenes migrantes, les inspiró la admiración a la vez que mucho miedo; el tamaño de la ciudad y su desconocimiento constituían una gran dificultad para moverse y para transportarse solas; la imposibilidad de

expresarse bien en español y, por lo tanto, de preguntar, limitaron mucho su movilidad.

“...yo cuando llegué aquí, sí me espanté, pero luego ahí pasa un carro, que luz roja, patrulla va a chillar, tenía un poquito miedos, pero ya después de un año ya; ...no, nunca salía, sólo con mi viejo y con la señora (una vecina) a la tienda, no me gusta ir sola, me da miedo; ahorita, gracias a Dios, ya salgo sola y voy a la Merced, sí, voy a salir sola para vender, me voy para Portales, para el centro, sí, preguntando en el micro que llega acá; pero en Iztapalapa no salía y en la Carrasco tampoco, sólo cuando llegamos aquí ya hace 14 años; ya me acostumbré y ya. Ahorita, ya me voy sola y regreso sola, ya no tengo miedo, pues ya”. (Francisca)

Es decir, empezó a salir sola después de más de 15 años de vivir en la ciudad.

Domitila llegó a la casa de sus familiares; la ciudad le gustó mucho y la asustó al mismo tiempo. La llevaron a la Alameda, a Chapultepec, al cine; quedó encantada. Cuando inició el trabajo en casas, sus contactos con la ciudad —durante muchos años— se limitaban a ir al mercado, a la tortillería y a la iglesia; sola no salía a ninguna otra parte. Durante 12 años estuvo trabajando en la casa de un maestro, donde aprendió “muchas cosas”, pero como nunca salía de la casa prácticamente no conoció la ciudad.

“No conocía México por caminar sin saber; no tomaba carro por no saber preguntar; me sentía perdida en la gran ciudad; no salía sola a la calle hasta los 20 años o más. Poco a poco aprendí a moverme, ya sabía leer, no tenía problemas.”

Cuando empezó a trabajar y recibió por primera vez un cheque, y tuvo que ir al banco para cambiarlo, recuerda: “no sabía nada, me temblaban las manos del miedo”.

El aspecto exterior, la forma de vestirse y de peinarse de algunas migrantes, además del problema del idioma, llamaban la atención de la gente en la calle. Cuenta Francisca como la gente la miraba:

“...ahora ya no, antes sí, la verdad yo peinaba mis dos trencitas y me vestía yo con mi falda de pueblo, la



blusa, el rebozo, iba cargando a mi hijo; luego me queda viendo la persona... y ahorita ya, ya no llevo rebozo, lo dejé cuando mi hijo el chiquito tenía 4 años”.

Dejó de usar el rebozo después de 18 años de vivir en la ciudad.

“...sí yo también lo que tenía las dos trenzas, se veía chistoso, con listones de color, las quité cuando los hijos estaban chiquitos. También la falda, ya le quité la forma del pueblo, decir, unas anchas, se amarran con unas fajas, ahora ya no, hace mucho frío aquí”.

En los últimos años empezó a usar la ropa de tipo urbano, incluyendo los pantalones:

“...sí me pongo medias, calcetas, pantses, todos los uso, también pantalones los uso, cuando mi hijo (el más pequeño) tenía unos dos años..., ya unos 8 años..., sí, porque luego por el frío, dice mi hijo (el mayor) ‘pon nomás, por qué pena’, dice”.

#### Aprendizaje de quehaceres nuevos

En general se considera que las mujeres indígenas desde pequeñas fueron socializadas y capacitadas en los quehaceres del hogar, lo que hace suponer que de manera natural se integran a las labores domésticas en la ciudad (Oehmichen, *op. cit.*, p. 322). Esta afirmación no es exacta. Las tareas encomendadas a las niñas en el campo tenían poco o nada que ver con las que les esperaban en los trabajos urbanos (sobre todo si nos referimos a las migrantes de hace más de veinte años).

Recuerdan las informantes que al llegar a la ciudad no sabían hacer casi nada, ya que en su casa habían aprendido sólo a moler granos, a hacer tortillas y a barrer.

María, como era todavía niña, cuenta que “no sabía hacer nada, apenas trapear la casa”. Domitila recuerda que “no sabía hacer nada cuando llegué; no sabía cocinar, sólo frijoles, en el trabajo estaba aprendiendo a cocinar, inventaba cosas para dar de comer a los niños”.

Guillermina se incorporó pronto al servicio doméstico y tuvo que aprender muchas cosas nuevas, por ejemplo, a manejar algunos aparatos eléctricos en las casas donde trabajaba.

“...nunca me dio oportunidad de aprender las cosas, podía hacerlo, pero no me dio curiosidad por hacerlo porque yo sentía que no podía hacer estas cosas... Me decía qué tal si no es así y luego descompongo, pero ya después aprendí, incluso cómo se prende la televisión. Ahora como hay control es más fácil, pero antes cuando eran los canales, saber cómo se prenden, cómo se apagan eso sí me costó, había que agarrarlos; ahora, el estéreo, cómo se pone el casete o el disco eso no...”

La estufa sí, aprendí: así se fríe, así se apaga..., y poco a poco me estaban enseñando; también aprendí a manejar el refri y la licuadora; la plancha igual porque tampoco sabía..., la señora me decía de planchar y eran puras camisas blancas de mangas largas, pero así, poco a poco yo sola aprendí. La comida también la servía, me enseñaron todo, pero ya se me olvidó todo, cómo pasar, cómo acomodar y pedir permiso para quitar la mesa, todo eso...”

Las viejas costumbres eran a veces más fuertes que los conocimientos adquiridos:

“...nunca aprendí a comer con cubiertos, ni cuchara había en el pueblo, se comía en un plato con una tortilla. Aquí, cuando teníamos, con los cubiertos, si no con una tortilla, a los niños les enseñábamos a comer con cubiertos para cuando vayan a casa ajena sepan comer, como que queda uno así pensando. Donde trabajaba, aunque comiéramos en la cocina veía cómo comían con cubiertos”.

Francisca, quien llegó ya casada a los 17 años de edad, nunca trabajó fuera de su casa por lo que su aprendizaje fue más lento:

“...allá en el pueblo cocinaba con leña, comal de barro así, con tres piedras. Como llegué aquí, pues, compramos una estufa de petróleo y aprendí; luego, cuando entramos aquí, terminamos la loza, ya compramos estufa





de gas. Al principio fue difícil, me daba miedo a prenderla y todo, pero después poco a poco me acostumbré y ya; la licuadora también, poco a poco voy aprendiendo, tenía miedo a varias cosas y luego compramos los trastes, el molcajete, platos y después cucharas, tenedores también, pero más tarde, más tarde, cuchillos también”.

Si bien tienen cuchillos, los usan poco; acostumbran comer con cucharas y la tortilla. Francisca usa la olla de vapor desde hace más de diez años; antes siempre usaba platos de barro, pero desde que se rompieron no los volvió a comprar, sólo los usa para hacer pozole. También dejó de cocinar en ollas de barro porque se rompen y “cuesta caro comprarlas”.

#### *Relación con personas*

La relación con personas del medio urbano es la que mejor ilustra la dificultad de integración de las migrantes a la ciudad. Frecuentemente, el trato recibido por las informantes de las personas con las que trabajaban, de vecinos y de extraños les recordaba su condición de mujeres indígenas, humildes e ignorantes. A ello hay que añadir las experiencias concretas de prejuicios que se expresaban en burlas y en diversas agresiones verbales.

Francisca comenta que no se relacionaba con nadie y tampoco tenía conflictos, “sólo problemas por los niños que gritaban”, pero recibió burlas por hablar en

mixteco con su hija, en el lugar donde rentaban: “que tu eres india, guiri-guiri”, y les decían “oaxacos”. Francisca lo explica: “por envidia agreden”.

En los últimos años, cuando adquirió una mayor capacidad para expresarse en español, cambió su relación con la gente:

“Yo cuando vivía aquí casi no conocía así con los vecinos, ahí platicamos bien, pero cuando vivía yo en Santo Domingo, Iztapalapa, Carrasco estaba yo escondida, no, casi nunca salía yo a platicar, me da pena, no hablaba con nadie... Y también que llegué aquí igual, casi no salgo como ahorita, cuando salgo yo, estoy apurando... Sí, estoy saliendo para hacer una compra si veo una persona, sí saluda; no me gusta platicar con la persona, qué tal si yo le diga unas cosas y ella va y va a decir unas cosas que no era con otro vecino y eso es que no quiero”.

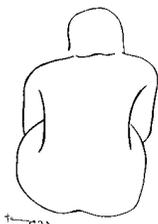
Al decir de sus hijos, Guillermina vivió siempre muy aislada y reservada; apenada por no saber expresarse bien en español (incluso cuando ya sabía hablar); no se relacionaba con nadie, no saludaba. Cuando hubo entrega de diplomas de bachillerato, acudió a la escuela, pero se escondió cuando su hija quiso presentarla. Cuando los hijos crecieron, iba adquiriendo más seguridad y actualmente se lleva más con los vecinos. La mejor muestra de los cambios en su forma de ser fue el trabajo con Avon, que la obligó a relacionarse con gente desconocida de la empresa, a hacer pedidos y cuentas, aunque las ventas las hacía únicamente a personas originarias de su comunidad.

La familia de Guillermina tuvo muchos problemas en su colonia donde los vecinos no querían a los “oaxacos”:

“Esto sí, que mis hijos no son como ellos, se creían, burlaban a mis hijos, los veían mal, pues, y así, mis hijos no tenían miedo, hasta eso, pero ellos (los otros) ni la primaria acabaron pero, gracias a Dios, ahora mis hijos tienen estudio, trabajan para ellos y estas gentes ni estudio tienen, pero conmigo nunca se metieron, yo nunca iba con ellos ni pedir, ni nada, ni favores, yo sola, mi pobreza.”

Incluso una vecina quiso quitarles el terreno que estaban ocupando:

“...yo nunca salía de mi casa, tampoco me gustaba



así platicar, yo nada más así con mis hijos..., entonces mucha gente estaba a favor de ella... Pero así, yo también tenía mi gente buena por acá que me apoyó...”

### La mujer y la vivienda

**P**oseer una vivienda propia ha sido la mayor preocupación de las mujeres migrantes quienes, como madres, tenían la necesidad de asegurar un techo a sus hijos, además del deseo de vivir en su propia casa y no en un lugar rentado que absorbiera una parte importante de los pocos recursos de la familia. Por ello su gran empeño en conseguirla.

El caso de Francisca es ejemplo de cómo una mujer analfabeta, con un conocimiento muy deficiente del español, logró conseguir un terreno donde su esposo construyó después la casa. La familia estaba rentando un cuarto en la colonia Carrasco, cuando a Francisca se le presentó la oportunidad de volverse dueña de un lote:

“...una señora que vivía ahí en Carrasco, que rentaba el cuarto, me dijo de los terrenos, era la dueña de aquí, de varios terrenos, ...y dice, ‘tiene muchos hijos, no tienen donde vivir’, ...pues sí, digo, no tengo donde vivir, me hace el favor, ...dice ‘te paso un terreno, me vas a dar poco dinero’ y ya nos venimos por acá. Y ya compramos unas láminas, hacen un cuartito de lámina y ya después la casa...”

Francisca pagó el traspaso y las escrituras con sus ahorros (tejá bolsas de plástico para el mercado), por lo que el lote quedó escriturado a su nombre, lo que no agradó mucho a su esposo.

Ella dio la información a María, quien también consiguió un lote al lado, en el que su esposo, ayudado por los hijos, construyó la vivienda.

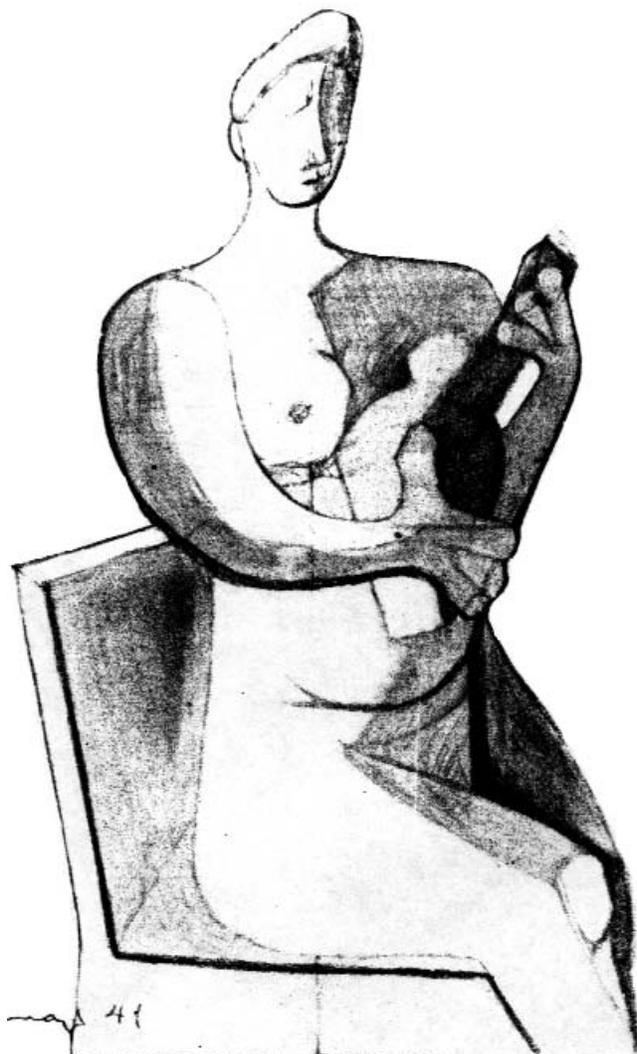
El caso de Domitila es aún más llamativo, por la manera en que luchó para conseguir un departamento en un edificio dañado por los temblores de 1985, donde anteriormente había vivido en un cuarto de azotea:

“...pero después del temblor de 85 me hicieron el favor de meter mis papeles para la casa, porque ni modo, teníamos derecho... y ya empezamos a mover los papeles”.

Así, Domitila se incorporó a la organización de los damnificados por los sismos, la Unión Vecinal 19 de

Septiembre, para luchar por una vivienda. Mientras, durante dos años, estuvo viviendo con sus tres hijos en un campamento de damnificados. Iba a las marchas cargando a sus hijos por no tener con quien dejarlos. Su esfuerzo no fue en vano, ya que logró obtener un pequeño departamento donde vive actualmente.

Si bien fue el esposo de Guillermina quien consiguió el terreno en el sur de la ciudad, fue ella con sus hijos la que lo estuvo cuidando (el esposo vivía en el centro). En el momento de formalizar la posesión, a pesar de su timidez y el limitado manejo del español, cuando se trató de defender su lote, Guillermina supo explicar la situación a las autoridades y ganó el terreno que los vecinos querían quitarle. Posteriormente,



gracias al dinero ahorrado de la venta de tamales, pudo techar la cocina e ir ampliando la casa.

Resulta significativo que en los cuatro casos haya sido la mujer la que pugnó, de diferentes maneras, por conseguir un lugar o un techo para sus hijos. Los hombres colaboraron después, ya sea construyendo ellos mismos la vivienda, o bien aportando recursos para su construcción o mejoramiento.

#### La mujer en la familia

En la ciudad, más aun que en el campo, se pone a prueba la capacidad de las mujeres —madres— para convertirse en el sostén de la familia cuando falta el esposo, cuando éste no cumple con su obligación de aportar recursos al hogar, o no lo hace en cantidad suficiente para poder mantener a la familia. El costo más elevado de la vida en la ciudad y el deseo de dar educación a los hijos para “sacarlos adelante”, implica que las mujeres se vean obligadas a apoyar la economía familiar, cuando no se convierten en su único sostén. En nuestros casos ello significó un gran desafío y requirió de una actitud de lucha y de sacrificio por parte de las informantes, que quedó reflejada en los resultados escolares logrados por los hijos. Cada una de las mujeres luchó a su manera, a pesar de no contar con el apoyo del esposo, en tres casos alcohólico y violento, quien incluso constituía un obstáculo para lograr sus objetivos.

El caso de Domitila llama la atención por tratarse de una mujer muy independiente que nunca pensó en casarse. A la edad de 32 años inició una relación y tuvo tres hijos de los que se encargó totalmente sin esperar la ayuda del padre de ellos, ausente la mayor parte de tiempo y con el cual nunca formalizó la unión. El problema de la vivienda que se presentó después de los temblores agravó la situación de la familia:

“Después de los temblores nos fuimos al campamento, estuvimos ahí dos años. Yo con los tres niños. No



podía yo atenderlos porque iba yo a la marcha, al plantón, ahí los aguaceros, los friazos, me llevaba yo a los tres, imagínese, a las marchas cargaba los niños, por eso mi sobrino, mi hermano también estuvo un tiempo conmigo. Íbamos a la marcha, el agarraba a uno de mis niños, yo a mi niña y la otra la cargaba, y a los plantones, o los dejaba en la guardería y me iba y luego regresaba por ellos.”

El padre venía y se iba incluso sin avisar, a veces mandaba dinero: “...se vino para acá, luego se va a Estados Unidos, se quedó dos años, no sabíamos nada de él; total ya ni modo, no me preocupaba mucho porque yo lo poquito que ganaba me alcanzaba, pero ya cuando más grandes...”

Domitila trabaja en una escuela como prefecta. Durante años ella tenía que cargar con todo el peso del mantenimiento y la educación de los hijos. Actualmente, los dos mayores están terminando la preparatoria y van a iniciar la carrera de informática; la menor está por concluir la secundaria. En los últimos años el padre les ayuda económicamente, pero de manera irregular.

Guillermina demostró mucho carácter en su relación matrimonial. Inconforme con los maltratos que sufría por parte del esposo, se regresó al pueblo con su pequeño hijo, sin avisarle, pero tuvo que volver a la ciudad para poder registrar al niño. Posteriormente, cuando consiguieron el lote en el sur de la ciudad y construyeron un cuarto, la mujer se quedó ahí con los hijos. Pronto tuvo que trabajar en casas para “sacar adelante a sus hijos”:

“...al principio mi esposo traía el dinero, cada semana, cada 15 días, pero cuando los niños entraron a la escuela yo tenía que ayudar... El tomaba mucho, gastaba mucho en bebida, todo lo que ganaba, a mí me daba lo que podía, no alcanzaría lo que el daba, no, si no le ayudo también, el me daba a la semana y yo traía diario...”



Un día el esposo decidió ir a trabajar al estado de Veracruz, pero ella no quiso acompañarlo con los hijos por considerar el proyecto poco seguro; tampoco aceptó regresar al pueblo, así que el esposo se fue solo dejándola con ocho hijos, sin medios de vida:

“El me amenazaba, decía: ‘si yo me voy, tu te quedas con tus hijos, a ver qué comes, qué haces, por mí, dice, están todos mis hijos, pero cuando no esté, si me voy, a ver qué haces’. Y así, cuando la gente se enteró que el se había ido me empezó a pedir mis hijos. Y me dijo mi hermano que no lo hiciera, pero yo tampoco no pensaba hacer eso. Entonces yo digo: voy a trabajar en casa, me pidió una señora, lavar, planchar, hacer la limpieza, para ganar un poco de dinero para que no les faltara nada a mis hijos. Y así mi hermano me ayudó y luego yo trabajo y mando a traer a mi mamá que se quedó aquí con mi hija chiquita que tenía dos años y yo ya tenía bien mi trabajo, ganaba bien. Yo no regalé mis hijos, yo me quedé con mis hijos, yo sí puedo...”

Si bien el esposo regresó unos meses después, Guillermina no pudo contar con su apoyo:

“...sí, él gastaba, tomaba, invitaba gente a su casa, pero nunca se preocupó por la casa, hasta la fecha, está trabajando ahí y no sabemos nada aquí, recibe dinero en la caja, no sabemos qué hace con él, sólo cuando ya no tiene...”

Al crecer los hijos y aumentar los gastos escolares, Guillermina necesitaba más recursos. Fue cuando decidió vender tamales en el estacionamiento donde trabajaba su esposo. Este duro trabajo dio sus frutos: no sólo le permitió solventar los gastos del hogar, sino que además pudo ahorrar dinero para techar su cocina. A pesar de la falta de atención cotidiana debido al trabajo, la madre logró que sus hijos prosiguieran los estudios: el mayor inició la carrera de contador que no pudo concluir, dos hijas mayores terminaron carreras universitarias y dos más jóvenes están todavía estudiando.

Los dos primeros hijos de María nacieron en el pueblo. Cuando la pareja tomó la decisión de venir a la ciudad, los dejó por varios años con la abuela. En la ciudad nacieron sus otros tres hijos. La gran frustración de la madre, que no pudo seguir estudiando, se tradujo en una insistencia y presión constantes para que sus hijos estudiaran. Como el padre ganaba muy poco (era

peón de albañil), ella tuvo que trabajar en casas y lavar ropa ajena para solventar los gastos escolares de los seis hijos. Les insistía que el estudio, “es el mejor camino para salir adelante”. Los hijos reconocen que fue la madre quien los empujó para estudiar:

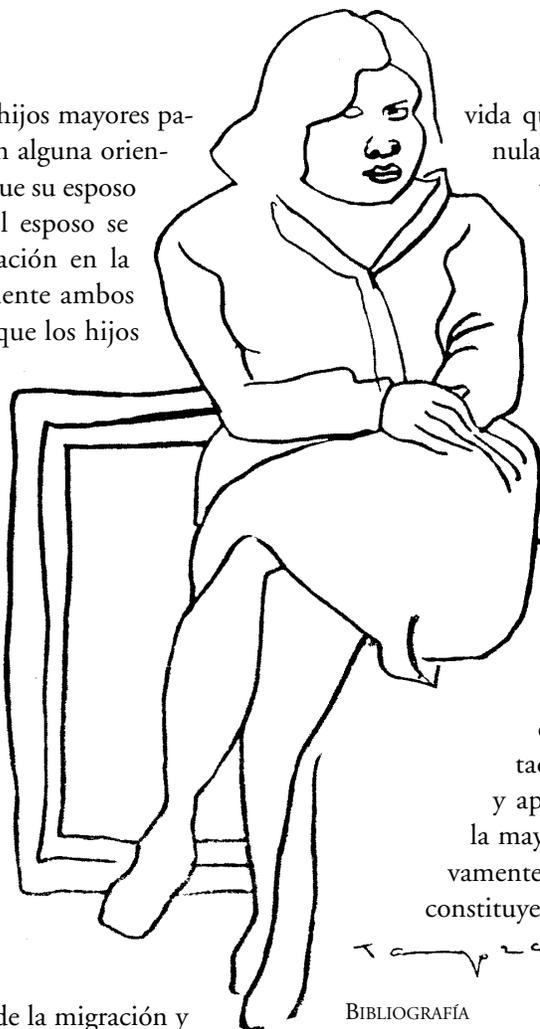
“...nos pegaba con los palos; ella sufría, insistía que progresáramos. Los vecinos estaban enfadados y nos agredían porque nosotros cursábamos y sus hijos reprobaban”.

El esfuerzo de la madre no fue en vano, ya que tres de los hijos entraron a la universidad y dos terminaron la preparatoria.

Desde niña, Francisca aportaba dinero al hogar tejiendo sombreros de palma. En la ciudad aprendió a tejer bolsas para el mercado, permitiéndole tener un ingreso indispensable para cubrir los gastos escolares de sus hijos. Lo que aportaba su esposo, alcohólico, apenas alcanzaba para comer. A pesar de sus esfuerzos, el nulo apoyo del padre, aunado a la violencia en el hogar, no permitió que los hijos mayores terminaran la secundaria. La madre, analfabeta y con un dominio limitado del español, reconoce que no tuvo suficientes



elementos para impulsar a sus hijos mayores para estudiar; tampoco contó con alguna orientación y apoyo en los años en que su esposo estaba tomando. Desde que el esposo se curó del alcoholismo, la situación en la casa iba cambiando y actualmente ambos padres ejercen presiones para que los hijos menores sigan estudiando. Conviene añadir que es el único de los tres casos de violencia en el hogar, donde la mujer —acompañada por su hijo— tuvo el valor de acudir a las autoridades y levantar acta después de haber sido golpeada con mucha violencia por el esposo, quien estaba en estado de embriaguez. La amenaza surtió efecto, ya que el marido se sometió a un tratamiento y dejó de tomar definitivamente.



vida que les esperaba en la ciudad (baja o nula escolaridad y el desconocimiento de trabajos de tipo urbano). A pesar de estas limitaciones, las mujeres demostraron una gran capacidad de superación y de lucha para apoyar con recursos a la economía familiar y asegurar un techo a sus hijos. En este proceso fueron adquiriendo una mayor seguridad frente a los demás, incluyendo a su propio esposo, lo que a su vez — en algunos casos— repercutió en las relaciones de género en el hogar.

Además de cumplir con sus tareas naturales de crianza y cuidado de los hijos, y a pesar de su limitada escolaridad, supieron motivarlos y apoyarlos con recursos para que —en la mayoría de los casos— alcanzaran relativamente altos niveles de escolaridad, lo que constituye su mayor logro y orgullo.

### Conclusiones

Los datos presentados acerca de la migración y las experiencias urbanas de las migrantes indígenas en la Ciudad de México confirman las conclusiones de algunos estudios sobre el mismo tema, y matizan otras, aportando algunos elementos para la discusión. Nuestros datos patentizan lo dicho por Oehmichen (*op. cit.*) de que las mujeres son actrices y no sujetos pasivos en este proceso, desde la toma de decisiones para migrar, hasta la lucha por “sacar adelante” a sus hijos.

En el caso de las migrantes de hace más de veinte años, además de la pobreza, la violencia fue uno de los factores de la migración femenina (y no únicamente de la masculina como frecuentemente se consideraba), aunque se trate de un tipo de violencia diferente (dentro del hogar o el robo).

La adaptación de las mujeres indígenas al medio urbano resultó más larga y difícil que en el caso de los hombres, debido a la falta total de preparación para la

### BIBLIOGRAFÍA

- XI Censo General de Población y Vivienda 1990, México, INEGI, 1993.
- XII Censo General de Población y Vivienda 2000, México, INEGI, 2001.
- Martínez Medrano, Elvia Rosa, “Incidencia de la migración en las prácticas culturales de las relaciones conyugales de una comunidad migrante (San Juan Mixtepec)”, en Barrera Bassols, D. y C. Oehmichen Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP, A.C./IIA-UNAM, 2000, pp. 349-369.
- Mayer, Elizabeth, “La migración como mediación en las relaciones de género de obreras agrícolas indígenas de Oaxaca, residentes en Baja California”, en Barrera Bassols, D. y C. Oehmichen Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP, A.C./IIA-UNAM, 2000, pp. 229-252.
- Oehmichen, Cristina, “Las mujeres indígenas migrantes en la comunidad extraterritorial”, en Barrera Bassols, D. y C. Oehmichen Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México, GIMTRAP, A.C./IIA-UNAM, 2000, pp. 321-348.
- Oehmichen Bazán, Cristina, “Mujeres indígenas migrantes en el proceso de cambio cultural. Análisis de las normas de control social y relaciones de género en la comunidad extraterritorial”, México, Tesis doctoral, IIA-UNAM, 2001